

En mi camino



Bea
Melworren

En mi camino

Bea Melworren

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

- ← Registrado en Safe Creative:
- ← Diseño de cubierta: Jose Francisco Tapia Sanchez.
- ← Bea Melworren, 2019
www.beamelworren.wordpress.com
worrenmel@gmail.com

Edición: Diciembre 2018.

Para Emma, porque cada día a tu lado es un regalo.

1

La lluvia lleva toda la semana ahuyentando a los pocos peatones que pasan por delante de mi floristería; no solo la lluvia, sin duda estar a finales de noviembre y en plena recesión tampoco ayuda.

Es difícil ser autónoma, más en los meses malos, las facturas hay que pagarlas y a veces es para lo único que da. Por suerte, en los buenos voy compensando y así, poco a poco, sobrevivo en este proyecto del que mi madre me advirtió que no saldría bien. La primera y única vez en mi vida que no la he hecho caso y por la que me gané meses sin su compañía.

Las ocho menos diez, hora de levantar el vuelo rumbo a casa. Hoy es viernes: toca ver una película romántica en compañía de Carolina, mi hermana.

Sonrío, ella es la valiente de la familia, al menos en cuanto a enfrentarse a mamá se refiere.

Dejo el delantal verde en su sitio, cierro la bolsa de basura y me suelto la melena, caoba, que cae sobre mis hombros completamente lisa. Me pongo el abrigo de paño negro, cojo mi bolso y la basura y apago las luces.

Cuando salgo, mi mirada vuela de nuevo hacia ese chico, llevo meses viéndolo en la acera de enfrente con su carpeta azul, esperando a alguien, siempre a la misma hora. Me intriga y me gusta, si al menos tuviera el valor de saludarle y saber su nombre; pero no, eso sería inmoral, mi madre lo reprobaba sin duda. Así que descarto la locura de acercarme, cierro con llave y bajo la persiana metálica.

Miro por última vez hacia donde está «mi misterioso vecino». ¿A quién esperará? Seguro que a una afortunada mujer deseosa de lanzarse a sus fuertes brazos. Quizás estén casados, puede que incluso tengan hijos. Lo reconozco, tengo envidia de su mujer, esa que nunca he visto, pero que seguramente existe.

Dos de mis cinco amigas ya han sido madres, y las dos este año. Otra, nada más y nada menos que mi prima, acaba de anunciar su embarazo aunque aún no ha venido a contárnoslo, las otras están felizmente ennoviadas, solo Carolina y yo permanecemos solteras.

Mi hermana no tiene prisa después de un matrimonio desastroso, pero yo a

veces siento que se me escapa el tiempo, que el reloj corre más rápido de lo que desearía. Tengo veintiséis años y estoy preparada para tantas cosas, pero «mi hombre» no llega y no parece probable que vaya a hacerlo en breve. Debo ser realista, no soy un bellezón de anuncio de lencería, soy bajita y tengo tendencia a engordar, así que me paso la vida en una dieta constante que no dudo en saltarme cada vez que hay una oportunidad. A fin de cuentas, nunca he conseguido estar tan delgada como me gustaría. Sacudo la cabeza, incómoda con mi propia realidad de chica del montón, de esas que no llaman la atención de los hombres guapos como «mi misterioso vecino».

Me giro y emprendo la marcha antes de que la locura se apodere de mí y me dé por presentarme frente a él en plan acosadora de celebridad. Camino hasta el supermercado y entro a comprar algo de cena. Es difícil elegir, más teniendo en cuenta que a Carolina le cuesta tanto cenar y comer, y desayunar. Un día vamos a tener un disgusto y... quizás conozca a un guapo enfermero.

Casi puedo escuchar a mi madre chasqueando la lengua ante mi mente irreverente, gracias a Dios no tiene acceso a ella, sino se escandalizaría y dejaría de ser su favorita.

Cojo un poco de fiambre y queso de nata, ya que Carolina va a cenar poco, por lo menos que coma algo que realmente le apetezca, y ese queso le encanta.

Pago a una antipática cajera, cansada y asqueada de la misma rutina cada día, y termino el paseo hasta casa. Cuando abro la puerta lo primero que me recibe es un sonido extraño, agudizo el oído y... «Mierda, Carola, otra vez no».

Cierro con un sonoro portazo y los ruidos se apagan. Voy a la cocina y no pasan ni diez minutos cuando oigo unos pasos apresurados y la puerta cerrarse. Mi hermana aparece en la puerta con gesto avergonzado y, aunque no soy quién para recriminarle nada, no puedo evitar censurar su comportamiento con la mirada. No hace falta más, ella capta al vuelo mi mensaje. Nos conocemos demasiado bien.

—Lo siento, me dejé llevar y... no debería haberlo hecho —dice con la cabeza gacha.

—Podíais haber subido a tu casa —comento mientras saco los platos para la cena.

Vivimos en una casa de dos pisos independientes, la parte de abajo es la mía y la de arriba la de ella; pero decidimos hacernos compañía y compartir la planta baja. Eso tiene muchas ventajas y un solo inconveniente: las

relaciones sexuales de mi hermana.

—No lo pensé. Hoy vi a Alfonso y estaba con otra. A pesar del tiempo transcurrido, me sentó fatal verlo, y más acompañado —explica azorada.

—Ese *hombre* nunca te trató bien, y lo de quemarte toda la ropa cuando decidiste divorciarte... Ojalá me hubieses dejado ir a por él, pero de ahí a que cojas al primero que encuentres para resolver esa carencia... —chasqueo la lengua, incómoda con su actitud.

—Era Juan —contesta interrumpiéndome.

—Ese niño solo quiere arrastrarte a la cama, y tú le dejas. Necesitas madurar, Carolina, dejar de buscar el cariño en brazos de cualquiera.

Se encoge y soy consciente del poder que tienen mis palabras sobre ella. A pesar de que es mayor que yo, su autoestima es tan baja que cualquiera puede manipularla. Me callo porque de hablar voy a acabar convertida en mi madre, y no quiero.

—Lo siento, Helen —repite mientras coloco la cena en los platos.

—Es que... este libertinaje tuyo...

Por suerte se echa a reír, ya que la palabra se las trae y más su significado. A veces veo en mí todo lo que mi madre nos ha inculcado a fuego durante años, y esta es una de esas ocasiones. Me estoy pasando, lo sé por la manera en que se muerde el labio, la estoy poniendo nerviosa sin necesidad, porque en realidad no es un crimen acostarse con alguien, solo es inmoral.

—Estamos en el siglo veintiuno, hermanita. —Arrugo el ceño, y la sonrisa de Carolina se esfuma de su rostro—. No volverá a pasar.

—¿Lo juras?

—Juro que no volveré a entrar con un hombre en esta casa —dice levantando la mano como si estuviera en un juicio—, bueno, solo uno: tu primo Tomás, ¿o a él tampoco vas a dejarle?

—¿Es nuestro primo! ¿Cómo no se lo iba a permitir?

—Me había asustado —añade con sorna—. Voy a elegir la película, esta semana me toca a mí.

—Carolina, espero que esta vez sea en serio. No quiero seguir viendo el desfile de esos tipos por mi casa y...

—Hablas como si me pasara todos los días manteniendo relaciones sexuales con el primero que me cruzo por la calle, y sabes que no es así. Es algo esporádico, Helena, la satisfacción de una necesidad. —Se está enfadando por momentos, le doy su plato y espero a que salga de la cocina, pero no lo hace—. No me gusta cuando hablas como mamá, no soporto esas

normas absurdas que nos impuso de niñas y...

—Si al menos decidieses que alguno de ellos es tu novio, podría entenderlo; pero no, te empeñas en... —Enrojezco ante la palabra que se queda en mis labios.

—Fo...

—No lo digas.

—Tranquila, no quiero pervertir tus santurrones oídos.

Me enerva cuando me trata así, como una mojigata venida a menos, porque en el fondo sé que tiene razón, que he perdido oportunidades por querer darle el gusto a nuestra madre y llegar «virgen» al matrimonio.

—Entiéndeme, Carolina; por ejemplo, podrías empezar una relación con Juan, no es que sea de mi agrado, pero...

—¿De verdad crees que después de Alfonso, y de todo lo que me hizo, tengo ganas de estar con alguien?

—Lo entiendo, pero ¿por qué no puedes quererte un poco más?, ¿darte a respetar?

—Qué ideas tan arcaicas, Helena. Estamos en el siglo veintiuno y el respeto no pasa por no haber probado varón. —Me enfado ante su ataque directo—. Solo me acuesto con ellos, tengo un buen rato y ya está, no hay nada de malo en ello.

—Y ¿por qué no pruebas a estar sola? —Insisto y arruga más la nariz—. Al menos durante unos meses o quizás un año, comprendo lo que has sufrido, que la separación haya sido difícil, pero esto es degradarte a tal extremo que...

—Hablas como mamá.

—Quizás en esto tenga razón —sentencio y veo sangre en sus labios de lo fuerte que se ha mordido.

No le gustan mis palabras, desde que vivimos juntas y tras una monumental bronca que tuvimos al principio, no hemos vuelto a discutir. Sé que tengo razón y quiero que ella acabe comprendiendo y aceptando lo que le digo.

—Entiendo que necesitas sentirte querida, pero ellos no te quieren, solo pretenden usar tu cuerpo y...

—Y yo el suyo —dice y no puedo evitar que mis mejillas enrojezcan—. Hablas como si fuese una prostituta, cuando solo me acuesto con alguno de vez en cuando y no puede decirse que lo haga con mucha frecuencia.

—Ya, pero...

—Será mejor que lo dejemos por hoy. —Apoya el plato en la encimera de mármol negro—. Me voy a mi habitación, se me han quitado las ganas de películas absurdas.

Antes de que pueda detenerla y disculparme se ha marchado. Me quedo ahí plantada, mirando la puerta de la cocina con la culpa corroyendo mis entrañas, esta vez me he pasado de la raya y le he hecho daño innecesariamente; pero llegar a casa y encontrármela acompañada, ha sacado lo peor de mí.

—Menuda cagada.

Guardo la cena de Carolina en la nevera y voy al salón con la mía, aunque ya no tengo ni hambre. Me siento en el sofá y me descalzo. *Lana*, mi gata blanca, se acurruca contra mí.

¿Cómo podemos ser tan distintas habiendo recibido la misma educación? Nuestra madre nos enseñó a no creer en el amor romántico, a elegir con la cabeza en lugar de con el corazón, a escoger a un hombre capaz de comprometerse, con un buen sueldo y un prometedor futuro.

En definitiva, un buen partido, algo difícil en estos tiempos; pues por más que busco no encuentro al candidato perfecto. El que es guapo no quiere oír hablar de boda, pero sí de cama; el que quiere comprometerse tiene un trabajo precario y mal pagado... Ninguno encaja en el perfil de mi madre, ni siquiera los hijos de sus amigos. Todos quieren catar antes de hacerte su esposa, y no he llegado tan lejos para echarlo todo a perder.

Al final acabaré soltera como la tía Cleo, o eligiendo al próximo candidato que ponga mi madre en mi camino.

2

La semana ha sido horrible; miro los números una y otra vez, pero no cuadran por ningún lado y aún tiene que llegar el recibo de la luz. Resoplo como haría Carolina, justo en el momento que oigo las campanillas que tengo sobre la puerta de la tienda, cierro el libro de cuentas y salgo de la trastienda para encontrarme con ¿Valle?

Hace semanas que no la veo. Desde que se casó con Tomás, mi primo, anda muy ocupada, hasta que este se marchó a resolver conflictos en algún país en guerra. Es militar y de los buenos.

Miro a mi amiga más loca e irreverente y asquerosamente guapa, es pelirroja y bien alta, para colmo de males no engorda ni medio gramo coma lo que coma. Sí, la envidio más de lo que podría admitir en voz alta.

—¿Noche de chicas? —pregunta estampando dos besos en mis mejillas cuando salgo del mostrador.

—No sé si Carolina querrá, el viernes pasado discutimos y desde entonces no la he visto.

—¿Llevas una semana sin verla? —Agita la cabeza reprobatoriamente—. Esta norma vuestra me parece una locura, imagínate que le ha pasado algo o...

—Me enteraría seguro —contesto a la defensiva—. Cuando se le desata la lengua no mide, Valle, y hace mucho daño. Creo que no me lo merezco después de todo lo que he hecho por ella.

—Tampoco ella se merece que le cuestiones su vida íntima —responde dando justo en el clavo, es el único motivo por el que mi hermana y yo discutimos—. ¿Cuándo abrirás la mente?

No contesto y mi amiga se cruza de brazos.

—Imagínate que mañana conoces a alguien capaz de removerte por dentro y destrozarse esos topicazos en los que os educó tu madre y te crees como si fueran dogmas de fe, ¿no te lanzarías al vacío?

—Bueno, yo...

—No me vengas con excusas baratas, sé sincera contigo misma, todas soñamos con alguien capaz de hacernos cometer locuras, de invitarnos a volar y soñar con...

—Valle, hace dos días eras igual que yo, no creías en el amor romántico —

rebato molesta porque tiene razón, aunque no pienso admitirlo.

—Ya, pero conocí a Tomás y me di cuenta de lo equivocada que estaba, tanto como tú ahora.

Se acerca al amplio escaparate y aprovecho para ir haciendo caja y así tratar de borrar sus palabras de mi mente, no quiero dudar de mi camino, pero mi amiga sabe dar donde duele. Si al menos el trabajo funcionase bien, podría centrarme en ello, pero la cifra da pena: ciento veintiséis euros en todo el día; por suerte, para mañana tengo varios encargos y uno de ellos es una boda.

—Imagínate que mañana... ¿Cómo le llamabas? —No necesito que me diga a quién se refiere, solo ella sabe la fijación que he cogido por ese chico.

—«Mi misterioso vecino».

—¡¡Suena fatal!! —exclama con exageración—. Qué poca imaginación, nena. A ver qué se me ocurre.

Se queda pensativa sin dejar de mirarlo, si no supiera que adora a mi primo creería que está devorando a...

—Tiene cara de Eric.

—¿Eric? —pregunto extrañada.

—Ya sabes, el príncipe de *La Sirenita*, hemos visto esa película mil veces —recuerda innecesariamente, es mi favorita.

—Te has vuelto loca, has tomado demasiado tequila el fin de semana pasado y te dejó tocada —increpo y entro en la trastienda a recoger el abrigo, el bolso y a apagar las luces.

—Ya no bebo —vocea para que la oiga bien—, pero os lo contaré luego, cuando estemos cenando —señala enigmática sin saber que ya conocemos su secreto peor guardado.

—¿Nos vamos?

—Sí, dejemos a Mysterious en paz, quizás algún día se atreva a dar el paso y venir a presentarse.

—Estás chiflada —digo abriéndole la puerta para que salga.

—O mejor «el caballero misterioso». Le sienta bien.

—¿Y por qué piensas que es un caballero?

—No podría ser de otra forma, tiene buen porte, buena sonrisa...

—Y mucho tiempo libre, hoy lleva ahí plantado desde las cinco de la tarde —censuro, seguro que ni trabajo tiene, eso lo coloca directamente fuera de mis objetivos por mucho que me guste.

Bajo la persiana metálica y espero a que Valle deje de devorar al «caballero misterioso». Puede valer, es lo más cerca que voy a estar de

ponerle un nombre.

—No tendría tiempo libre si le hicieras caso —señala de manera descarada—. Espabila, nena, o te le van a robar. Está muy bueno, demasiado.

—Te recuerdo que eres una mujer casada —digo molesta ante el escrutinio de mi amiga, él parece percatarse de nuestro interés y mira hacia nosotras. Enrojezco sin poder evitarlo.

—Que esté a dieta no quiere decir que no pueda babear ante una tarta de chocolate.

—Vámonos, Valle, por favor —le pido muerta de vergüenza, ya que no deja de observarnos.

—¿Cómo puedes resistirte? Le tienes cada día a tu alcance, solo tienes que acercarte y averiguar si hay chispa o no entre los dos. Imagínate en la trastienda, con el caballero misterioso arrancándote la ropa y...

—Para, por favor —ruego sintiendo que las mejillas me arden todavía más.

—¡¡¿Ya lo has pensado?!! —niego con la cabeza en vano—. Oh, sí lo has hecho, no puedes engañarme, Helena, nos conocemos desde que teníamos cuatro años. ¿Qué hay de malo en hacerlo realidad? Tú eres libre y él estoy segura de que también lo es, así que déjate de excusas y...

La agarro del brazo y la insto a marcharnos antes de que cometa una locura como acercarse a él. Valle es impulsiva y alocada, todo lo contrario a mí. Jamás podría hacer lo que insinúa y mucho menos dejarme llevar por mis instintos.

—Estás loca —le increpo cuando hemos recorridos unas cuantas calles.

—No es locura, estás demasiado condicionada por «lo que está bien según tu madre». Vive, experimenta, emocionate, sueña con el amor. Te mereces mucho más que una cuenta corriente con marido incluido, Helena.

—El amor está demasiado devaluado hoy en día —contesto—. Hombre que conozco, hombre que quiere llevarme a la cama, casi sin saber ni mi nombre.

—Así funcionan ahora las cosas —reconoce, y chasqueo la lengua asqueada.

—Pues mi alma se quedó anclada en el siglo pasado, así que prefiero seguir las indicaciones de mi madre para captar un buen marido que intentarlo con el primero que me atraiga y acabe rompiéndome el corazón en mil pedazos.

—Vamos, prefieres un matrimonio concertado que el amor.

—Mira a mi madre o a mi hermana —continúo antes de que siga

mareándome con sus ideas—, las dos «guiadas por el amor» y las dos solas y hechas polvo. No quiero eso, Valle, me niego a acabar así.

—Malos ejemplos, mírame a mí. No puedo estar más feliz con Tomás.

—La excepción que confirma la regla. No insistas más, es un tema que me pone de muy mala leche y no quiero enfadarme. Vamos a buscar a Carolina, espero que se le haya pasado el cabreo.

—Si dejarás de meterte en sus relaciones sexuales, no se enojaría.

Zanjo la conversación ahí, porque si contesto vamos a seguir discutiendo y no me apetece, no me va a hacer cambiar de opinión con respecto a la actitud de mi hermana. Solo espero que respete el pacto y de esa forma ambas estaremos contentas.

En cuanto a mí, desde hace mucho sé lo que quiero y, aunque aún no sé cómo conseguirlo, estoy segura de que pronto llegará. No voy a enredarme con nadie a menos que haya un anillo por medio y un buen respaldo económico. Suena frívolo, pero mejor eso a acabar escaldada y pobre.

Llegamos a casa y mientras yo pido comida china, Valle va a sacar a Carolina de su reclusión autoimpuesta. Diez minutos más tarde estamos las tres sentadas en el sofá, tomando martinis.

—Bueno, y ahora que os tengo a las dos aquí, bien sentaditas, es el momento de lanzar la bomba. —Casi puedo oír resonar los tambores, inspira hondo y sonrío—. ¡¡Estoy embarazada!!

—Por fin, has tardado una eternidad en decirlo —exclama Carolina rompiendo la ilusión de Valle.

—¿Ya lo sabíais?

—¿Lo dudabas, acaso? La madre de Tomás es la cotilla de la familia, no sabe guardar un secreto, así que en cuanto se lo dijiste no perdió el tiempo en contárselo a todo el mundo y, además, cielo, llevas tres meses sin probar una gota de alcohol, hasta un ciego lo hubiese visto —explico regodeándome en su cara contrariada.

—Sois malas.

—Pero nos quieres.

—¿Y ahora qué? ¿Tan sencillo como esperar y dejar que nazca? —dice con resignación, exhibiendo un precioso puchero que en mí no sería más que una mueca. La aprecio, pero me da envidia lo que tiene: un marido que la quiere, un buen trabajo con un gran sueldo, un bebé...

—Ahora te toca informarte, leer buenos libros sobre crianza, aprender todo lo que puedas sobre el parto, hay grupos de lactancia y... —Carolina se

detiene al percibir nuestras miradas confusas—. Es lo lógico, ¿no?

—Sí, pero...

—Nadie se pone a conducir sin sacarse antes el carnet, pues ninguna mujer debería tener un bebé sin aprovechar el tiempo de embarazo para tener toda la información posible —continúa mi hermana, pero hay algo en su manera de expresarse que me hace sospechar que me oculta cosas.

—¿Y tú cómo sabes tanto? —interrogo, y la euforia que exhibía segundos antes se evapora.

—¿Hay algo que no nos has contado? —pregunta Valle, sin duda me ha leído el pensamiento.

Carolina apura su martini y coge el de Valle, que está intacto. Le da un sorbo demasiado largo y nos mira tratando de aparentar tranquilidad, pero la conozco y espero ser capaz de averiguar qué me oculta.

—¡¡Qué va!! —Quiere aparentar, pero no lo hace bien y me duele que no confíe en mí—. En mi oficina se quedó embarazada una compañera y de lo único que sabía hablar era de ello, al final una aprende de lo que escucha.

Llaman al timbre y mi hermana se apresura a ir a la puerta para recoger la comida china.

—Aquí hay gato encerrado —murmuro hacia mi amiga.

—No me cabe duda.

Durante la noche intentamos sonsacarla algo, hablando repetidamente de ello; pero Carolina no dice nada más, parece no interesarse en el tema y empiezo a pensar que quizás de verdad sabe lo que sabe por alguna compañera de trabajo. Se me hace raro, porque desde que consiguió el trabajo nunca ha hablado de sus compañeros, no ha hecho amigos ni parece mantener ningún tipo de relación con nadie, pero quizás simplemente no ha querido compartirlo conmigo.

3

Diciembre respira de otra manera, la navidad inunda todo de luz y consumismo, haciendo que la gente saque el dinero que tiene bajo el colchón.

Son cerca de las ocho de la noche, miro por el escaparate esperando ver llegar el camión de reparto. Quiero poner el escaparate navideño esta semana, pero el adorno principal: una gran bola de nieve con un pequeño pueblo nevado dentro, no acaba de llegar.

El teléfono de la tienda suena con estrépito, apartándome del cristal justo cuando reparo en que «el caballero misterioso» no está en su sitio de cada día y ya lleva faltando cinco, contando el de hoy. Me decepciona no verlo, mi imaginación vuela hacia una mujer sin rostro que le impide venir a verme. Como si yo le importase, eso solo pasa en los libros y mi vida no tiene nada de aventuras ni romanticismo, es insulsa y monótona.

—Floristería Lys, dígame.

—¡¡Por fin!! —exclama mi madre al otro lado de la línea—. ¿Qué haces ahí todavía? He llamado a casa pensando que ya estarías allí, pero nada. Tu hermana ni se ha dignado en coger el teléfono, qué mínimo que viviendo en tu casa haga algo, pero claro nunca me escucháis, mira que os dije que era una locura vivir juntas, pero...

—Mamá, mamá ¡¡¡Mamá!!! —la llamo, cortando sus reproches, no soporto la guerra que tienen entre ellas. Aunque si he de ser objetiva la más neutral es Carolina, mi madre no pierde oportunidad para meterse con ella.

—¡No me grites, niña! —ordena con ese tono de voz autoritario que tanto odio.

—Solo quería que me escucharas —me justifico—, como te digo siempre, Carolina tiene su vida, no le gusta hablar por teléfono, y si no lo ha cogido, será porque no está en casa.

—Ya, ya, a saber qué está haciendo un viernes por la noche en la calle.

—Eso es cosa suya, tiene treinta años —recuerdo, haciendo el papel de mediadora que tanto aborrezco.

—Está desbocada y espero que no te contagie, acuérdate de lo que hemos hablado mil veces, hay que darse a respetar, hay que...

—Mamá, no tengo tiempo ahora —digo cortando uno de sus eternos sermones.

Por fin aparece el camión de Seur y veo al repartidor descargando mi pedido.

—Luego te llamo.

—Espera, escúchame un momento, no te atrevas a colgarme —señala con voz amenazante y me quedo ahí plantada mientras el repartidor se las ingenia para abrir la puerta—. Este domingo tenéis que venir a casa, he invitado a un amigo de la familia que viene con su hijo: un gran partido, niña, tienes que cazarle y... ¿Me estás escuchando?

No, no lo estoy haciendo desde que el repartidor ha entrado por la puerta con mi enorme caja y una sonrisa enigmática en el rostro, es él: «el caballero misterioso».

—¡¡Helena!! —grita mi madre, aparto el auricular antes de quedarme sorda y le indico con gestos dónde poner la caja.

—Mamá, luego te llamo. —Cuelgo sin esperar respuesta y sin dejar de observar a ese hombre que lleva meses tan cerca pero tan lejos. Parece irreal que esté ahí, en mi tienda, con una sonrisa capaz de eclipsar cualquier pensamiento coherente.

Me quedo parada, absorta en la persona que tengo a mi alcance, sin pronunciar ni una palabra mientras mis ojos recorren su cuerpo, tiene músculos, pero no en exceso, es atractivo y parece sentir el mismo interés en mí que yo en él. Nadie me ha mirado con esa intensidad nunca, no soy guapa ni tengo un cuerpo de escándalo; pero, por un segundo, me siento deseada y me halaga, aunque jamás lo admitiría en voz alta.

—Hola —balbuceo como una muchachita tonta, y su sonrisa se ensancha.

Deja a un lado la carretilla y viene hasta el mostrador de madera que nos separa. Me obligo a respirar porque en algún momento se me ha olvidado hacerlo.

—Siento haber tardado, pero son días de mucho trabajo —señala con voz profunda y esa sonrisa capaz de derretir el polo norte.

—No pasa nada —contesto como puedo, obligándome a dejar de mirarlo. Busco el sello de la tienda en uno de los cajones del mostrador.

Revuelvo las cosas con manos torpes siendo muy consciente de su mirada en cada uno de los movimientos que hago. Al final doy con él, me tiemblan las manos, respiro hondo y sonrío sin mirarle.

—Pues ya está —digo y no recibo respuesta, para una vez que me sale la frase sin titubear.

Coge el papel y me deja el resguardo sobre el mostrador. Recoge la

carretilla y antes de salir por la puerta, se gira hacia mí y vuelve a sonreírme.

—Estoy deseando ver el escaparate nuevo. —Me quedo pasmada ante sus palabras.

Antes de que pueda reaccionar se ha marchado y yo he quedado como una boba que babea detrás de una cara bonita, y un cuerpo, una sonrisa, unas manos...

Hago inspiraciones profundas mientras veo el camión alejarse. Al menos ya he descubierto algo, aunque debería darme igual, solo ha sido amable y agradable conmigo, eso no quiere decir que pretenda nada conmigo. Los chicos como él no se fijan en chicas como yo. Lo he comprobado durante años. Aun así, no puedo evitar que me guste y, sobre todo, sentir más curiosidad sobre su persona.

El teléfono suena otra vez, mi madre ataca de nuevo y efectivamente nadie me libra de media hora de reproches por haberla colgado, acompañada de consejos variados y, por supuesto, me arranca la promesa de que el domingo iré a comer con ella y sus ilustres invitados.

—Tu hermana también tiene que venir —sentencia, y me recuerda a cuando éramos niñas, todavía nos sigue tratando como si tuviéramos diez años.

—No creo que le apetezca, mamá, déjala.

—No quiero que siga buscando amante por ahí, y quizás el primo de Rubén sea la respuesta a mis plegarias. Deseo tanto veros bien casadas, con hombres de provecho, para que así dejéis de trabajar y...

—Eso nunca —contesto molesta, aunque coincido en muchas cosas con mi madre, sin duda, esa no es una de ellas—. No pienso dejar de trabajar, mamá, estamos en el siglo veintiuno...

—No os entiendo —dice cortando mi explicación—, a ninguna de la dos. Sois guapas, podríais cazar a quien quisierais y, sin embargo, la una divorciada y tú, por el camino que vas, te quedarás para vestir santos como tu tía Cleo.

—Y bien feliz que es. —En momentos como este entiendo por qué Carolina no la coge el teléfono, se pone insoportable.

—Sí, en ese pueblo de mala muerte que ni supermercado tiene, dejándose la espalda para sacar cuatro patatas... —chasquea la lengua—. No sé en qué momento se volvió loca, pero no voy a permitir que sigáis su ejemplo, ¡ninguna de las dos!, así que tú al menos pónmelo fácil, porque lo que es tu hermana, ya sé que será una batalla dura, pero lo conseguiré.

—Mamá, yo iré; pero no puedo hablar por Carolina.

—No, puedes hacer algo mucho mejor: puedes convencerla. Tú sabes bien cómo, no me defraudes, Helena.

—No te prometo nada —señalo y vuelve a hacer sonar la lengua.

—Vais a matarme de un disgusto, las dos. —No puedo evitar sentirme herida, nunca está a gusto con nada de lo que hacemos—. No sé cómo no me he muerto ya gracias a vuestra mala actitud. ¿Qué he hecho mal?

—Tengo que colgar —suelto de sopetón, cansada de su manera de menospreciarnos—, debo revisar mis adornos navideños. Nos vemos el domingo.

Cuelgo antes de que la conversación se reinicie y cojo el albarán esperando ver el nombre del repartidor, pero no lo encuentro por ningún lado. La decepción recorre mi cuerpo, veintiséis años siendo una escéptica del amor y ahora me dedico a suspirar por «el caballero misterioso». Sin duda estoy perdiendo el norte.

Chasqueo la lengua, frustrada conmigo misma. Son las nueve de la noche, llueve y estoy cansada, así que decido dejar el escaparate para mañana e irme a casa.

Eso hago, cierro y recorro el camino bajo el paraguas morado que el otro día se dejó Carolina en la tienda, aborrezco manipularla, pero más la presión que ejerce sobre mí nuestra madre. Estoy harta de estar en medio, de sentir que no tomo mis propias decisiones, de citas encubiertas y de obligar a mi hermana a hacer lo que no quiere. Pero no tengo valor para salir de este círculo vicioso que es mi vida, llevo más de diez años sabiendo lo que hay, siendo consciente de ello; pero sin hacer nada para remediarlo.

Llego a casa empapada a pesar del paraguas y me quito las botas a la entrada, llamo a Carolina, pero no obtengo respuesta, así que abro el móvil y le escribo un mensaje.

¿Dónde estás?

En el autobús, enseguida llego.

Quince minutos después aparece por la puerta, cansada y enfadada, cargada con la compra del herbolario. La suelta sobre la isla de la cocina y me da un beso en la mejilla.

—La gente está loca, menuda manera de gastar y gastar. Incluso en el herbolario había una cola inmensa —explica sacando las cosas de las bolsas.

—Dímelo a mí, entre eso y el del reparto, que ha llegado tardísimo, acabo de llegar a casa.

—¿Entonces ya te llegaron todos los adornos?

—Sí, ¿me ayudarás a colocarlos? Sé que el año pasado te prometí que no volvería a pedírtelo, pero dudo que sea capaz de colocar todo mañana por la tarde, al menos no yo sola.

—¿Y por qué no lo hacemos el domingo? —pregunta ordenando las cosas que necesitan frío en la nevera—. Podemos ir por la mañana hasta que terminemos.

—El domingo no puedo, y tú tampoco. Mamá quiere que comamos con ella.

—¿Qué? —se gira hacia mí con los brazos en jarras.

—Que nos invita a comer en su casa —repito, esperaba que me lo pusiera fácil, pero me va a tocar pelear con ella.

—Esta norma no escrita de comer cada domingo en su casa, ¿a qué es debido?

—Llevas desde abril sin ir a verla, no le coges el teléfono nada más que una vez al mes. Entiendo que estás enfadada con ella, pero...

—No sabes lo que es oír a tu madre, día tras día durante diez años, hablar mal de tu marido, instándote a que le abandones, y el día que decides separarte, lo primero que te dice es que no lo entiende, con lo buena persona que es —comprendo su argumento, pero han pasado tres años desde aquello, ya debería haberla perdonado—. Al menos la madre de Alfonso no fue tan falsa, se alegró muchísimo cuando supo que nos separábamos.

—No creo que mamá sea una falsa, ya sabes lo que opina sobre el amor, y tú...

—Y yo no la hice caso, me enamoré y me salió mal. Pero decirme que debería seguir junto a Alfonso solo porque tenía un buen trabajo y podía mantenerme... —resopla con fuerza—. Me decepcionó tanto, sobre todo el día que se puso a defenderlo con uñas y dientes delante de todos. No me dejó explicar lo que había pasado, ni mis motivos. Para el resto de la familia, no soy más que una niñata que se cansó del marido, y bien sabes que no fue así.

Me acerco a ella y la abrazo con fuerza, sé lo que le duele hablar de Alfonso y también lo enfadada que está con nuestra madre desde entonces. Ojalá aprendieran a llevarse bien, es terriblemente agotador situarse en el medio del huracán, tratando de sobrevivir a la furia de ambas.

—Te entiendo, pero creo que deberías hacer un esfuerzo, al menos este

mes. Vas, estás un rato y luego te marchas. A mí me lo pondrías más fácil.

—¿Otra cita a ciegas? —asiento, y resopla de nuevo—. ¡No me lo puedo creer! No aprende, así no funciona el amor, ni nada, no se puede forzar, Helena.

—El amor está muy devaluado, Carola, y lo sabes.

—¿Y por eso es mejor un marido de pacotilla? Helen, te mereces muchísimo más —contesta, y la parte más romántica que hay en mí salta dándole la razón.

—Tú no lo encuentras.

—Yo no lo busco, ni lo quiero, ni lo necesito. Esa etapa pasó, pero la tuya aún no y...

—Sí, la mía también —la interrumpo, incómoda porque sus palabras me hacen reflexionar y no quiero, todo es más fácil desde la ignorancia—. Ya sabes... —Enrojece, entendiendo a quién me refiero.

Nunca estuve enamorada de él, pero quiero dar por terminada la conversación y esa es la manera más rápida de hacerlo: manipulándola. La culpa me corroe, pero no pienso retirarlo.

—Lo siento —murmura.

—Lo sé, ya no se puede cambiar, forma parte del pasado.

—Entonces centrémonos en el presente, esta idea de buscarse un riquillo para que te quite de trabajar es... —dice con gesto de asco.

—Eso sí que no, he luchado como una jabata para tener mi negocio, no puedo renunciar a él. El que me quiera...

—No habrá amor, Helen. Puede que incluso negociéis los encuentros sexuales —señala con sorna y me duele, no solo por la broma, sino porque en el fondo de mi corazón sé que tiene razón, que las aspiraciones y recomendaciones de mi madre nunca han sido mías.

Trato de grabármelas a fuego en el alma, de parecerme a ella, de agradarla en todo... Quizás porque llevo toda la vida viendo sus enfrentamientos y no quiero acabar así. Creo que es mucho mejor llevarse bien con ella que tenerla de enemiga.

Me separo de Carolina sin saber cómo rebatir sus argumentos.

—Lo siento, pero te lo tenía que decir —dice preocupada—. Se me hace tan raro que una mujer joven como tú acepte estas ideas, quizás en otro siglo era normal, incluso en otra cultura, pero aquí y ahora en el siglo veintiuno —niega con la cabeza—. ¿Qué piensas hacer? Quedar con ese tipo y aceptarle solo porque mamá te lo dice, ¿dónde queda lo que tú quieres, lo que te hace

feliz?

—No sigas —la pido, no quiero pensar en eso, no quiero desviarme del camino trazado.

—Helena, por favor, recapacita, déjate de...

—Para, por favor, no me hagas más daño.

He dado en el clavo, en cuanto digo esa frase Carolina se derrumba. No me gusta herirla, pero, a veces y sobre todo cuando no respeta mis creencias, uso esas sencillas palabras y todo acaba. Sé que la manipulo y no me siento bien con ello, pero no puedo hacer otra cosa.

—Por favor, ven el domingo, no quiero que me regañe —digo sintiéndome como una chiquilla, así nos trata mi madre.

Suspira, resopla y estoy segura de que se siente mal, en una encrucijada, y es por mi culpa. He usado mis peores armas, me gustaría ser más valiente, capaz de negarme a hacer lo que nuestra madre nos impone. Me gustaría ser libre, dejarme llevar, coger al caballero misterioso y sin ni siquiera saber su nombre permitir que me posea, pero no puedo, no es correcto ni cristiano y si mi madre se enterase de mis desvaríos le daría un ataque al corazón. ¿Cómo podría vivir con eso?

—Iré —claudica al fin, y no me siento orgullosa por ello.

4

El sábado pasa rápido, montamos los adornos de navidad en la tienda en un par de horas entre risas, aunque a veces Carolina se queda en silencio y casi puedo imaginar en qué piensa: su pasado, ese que compartió con Alfonso y que la ha marcado a fuego, dudo que pueda llegar a enamorarse de nuevo, y la entiendo. Si hubiese pasado lo mismo que ella, estaría destrozada.

El escaparate ha quedado precioso y me alegro puesto que este año he invertido mucho dinero en ello. Es el mejor decorado de toda la calle.

Antes de ponerme a arreglarme para ir a casa de mi madre, cojo el móvil y subo a la página web las fotos que hice ayer. Escojo un vestido verde que me sienta como un guante y me voy al baño.

Estoy terminando de maquillarme cuando Carolina asoma la cabeza por la puerta.

—¿Voy llamando al taxi? —Ninguna de las dos conducimos, mi madre siempre lo consideró impropio de una dama y nos desalentó fervientemente cuando quisimos intentarlo.

—Sí, ya casi estoy.

—Bien.

La miro y chasqueo la lengua. No se ha puesto el vestido que la saqué del armario hace un rato, sino sus vaqueros de siempre.

—¡¡Carolina!!

—Me está demasiado apretado —contesta molesta conmigo.

—Te queda de maravilla —rebato, aunque sé que esta batalla voy a perderla.

—Quizás hace unos meses, pero creo que he engordado.

—¡¿Tú?! Pero si no comes ni lo poco que cabe en un plato de postre. Lo que no sé es cómo te mantienes en pie, dudo que consumas las mil setecientas calorías necesarias para un día normal.

—No tardes o me arrepentiré y me quedaré en casa.

Me apresuro a terminar y cuando ya estoy lista, me miro en el espejo admirando el resultado final. Me siento guapa, sonrío coqueta y salgo del baño.

Diez minutos después estamos en el taxi, rumbo a la casa de nuestra madre: un segundo piso muy cerca del Sardinero. Carolina resopla mirando

por la ventana.

—Voy a morir de aburrimiento —señala demostrando lo poco que le gusta el plan.

—Quizás no —afirmo y me mira levantando una ceja con aire inquisitivo—. Al parecer, aparte de mi cita, viene también el primo de Rubén para ti.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con él? —pregunta remarcando cada palabra.

—Solo hablar, quizás tomar un café juntos y...

—Pasear con carabina, dejar que me bese los nudillos y me diga lo radiante que se ve mi tez bajo la luz de la luna. ¡Ah, no! Eso sería demasiado romántico o, incluso bonito, mejor que ponga un contrato de compra venta sobre la mesa de la cocina, una firma y listo: casada. —Es el colmo, hasta el taxista se ríe ante el cuadro que ha presentado mi hermana.

—Muy graciosa.

—Solo pretendo que te acabes de dar cuenta de lo absurdo que es todo esto. Que esperes un poco, estoy segura de que pronto aparecerá el hombre adecuado para ti.

—Y ¿si no aparece? Quiero tener hijos, Carolina, y no me apetece esperar más.

—Así que a por el primero que se ponga a tiro, ¿vale? Y luego soy yo la descerebrada —chasqueo la lengua, molesta con su actitud.

El taxi se para justo en el momento que estoy a punto de contestar algo que podría herirla, y lo agradezco, no me gusta hacerla daño, es solo que no sé cómo relacionarme con ella de otra manera. Pago y nos bajamos.

Carolina vuelve a resoplar y empiezo a arrepentirme de haberla manipulado para que viniese, por no enfrentarme a las críticas de mi madre la voy a hacer pasar un mal rato. La agarro del brazo y me regala una sonrisa.

—Vamos, antes de que me dé por echar a correr y no consigas alcanzarme —dice yendo hacia el portal con paso decidido.

El recibimiento de mi madre siempre es igual: un cálido y afectuoso abrazo para mí y un simple *hola* a Carolina; pero mi hermana parece no molestarse por ello, aunque a mí me dolería en exceso si recibiese ese trato indiferente de su parte.

Nos guía hasta el salón como si no conociésemos la que era nuestra antigua casa y nos presenta a sus invitados. Rubén es una gran decepción: un cuarentón con traje de corte recto que no logra disimular su hinchado abdomen con la chaqueta, aunque lo intenta, y que empieza a quedarse calvo.

Inevitablemente lo comparo con el caballero misterioso y sale perdiendo. No solo en lo físico, sino también en la manera que tiene de mirarme; mientras que mi repartidor de Seur parecía interesado en mí, Rubén no hace más que observar todo lo que el escote de mi vestido verde deja al descubierto.

Me siento muy incómoda bajo su escrutinio y lanzo una mirada nerviosa a mi hermana para que me rescate; a pesar de su enfado conmigo, abandona su sitio en el sofá gris y viene hacia nosotros.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunta sin levantar la vista hacia mi rostro.

—Tiene una floristería —contesta Carolina al ver que no me salen las palabras. Por fin Rubén aparta la mirada de mi pecho para mirarla a ella.

—¡Qué trabajo tan romántico!, me encantaría ver tu tiendecita, Helena —dice, y creo atisbar cierta burla en sus palabras.

La conversación sigue y es tan insulsa como él, tiene una constructora, su tema de conversación favorito; es monótono, aburrido y un valor seguro. El marido ideal.

Pasamos a la mesa precedidos por nuestra madre haciendo de gran anfitriona, por supuesto, está todo medido y estudiado. Acabo sentada con Rubén al lado y Carolina enfrente. La comida transcurre con demasiada lentitud, mi hermana tamborilea los dedos ante la actitud deliberada de mi madre para alargar la velada.

—Rubén, ¿cuáles son tus planes de futuro? —pregunta mi madre cuando este toma aire antes de seguir contándonos el último y aburrido proyecto en el que está inmerso.

—Bueno, la empresa me absorbe demasiado, apenas me deja tiempo para otras cosas, así que pocos planes tengo fuera de mi trabajo, además...

—Ese poco tiempo que tienes lo podrías emplear en cortejar a Helena —suelta mi madre de golpe, y Carolina disimula una arcada—. Hacéis una pareja tan bonita.

—Toma dos tazas —murmura mi hermana.

—¿Qué dices, nena?

—Que estoy segura de que Helena es capaz de decidir si quiere o no quedar con Rubén. No los empujes, no lo necesitan —contesta sin importarle que no estemos solas.

—Estás siendo irreverente —señala mi madre con la vena del cuello a punto de estallar de la rabia que siente.

—Bueno, ella tiene razón, Fina —interviene el amigo de mi madre, del cual no recuerdo su nombre—. Deja a la juventud que se entienda sin

intermediarios.

—No sabes lo que cuesta criar a dos hijas sola, es tan difícil, más cuando una de ellas no sabe comportarse como es debido. —Chasquea la lengua y agita la cabeza consternada, qué injusta es con mi hermana, debería intervenir, pero me quedo callada por no enfrentarme a ella.

—Tengo treinta años, asúmelo de una vez —responde Carolina ofuscada.

—Sí queréis, podemos ir los cuatro a tomar el café a la calle —señala Luis, el primo de Rubén, antes de que mi madre conteste a mi hermana, y se lo agradezco porque la tragedia era inminente.

Ahora que me paro a mirarlo, me parece más atractivo que su primo, incluso más interesante, no es un guapo de revista de modelos, pero al menos no tiene una barriga prominente ni está alopécico perdido. Ha hablado poco durante la comida, aunque todos lo hemos hecho, eclipsados por la conversación de Rubén.

—Eso sería estupendo —respondo antes de que mi madre intervenga y nos niegue la posibilidad de huir.

—Yo no puedo —dice Rubén enseñando el móvil, que no ha parado de sonar en toda la comida—. Tengo trabajo y es lo primero, ya me entiendes, Helena. Ha sido un placer conocerte, pero no tengo tiempo para cortejos ni relaciones complicadas...

Casi puedo leer en su mente el resto de la frase: aunque si quieres podemos pasar una noche juntos.

—No te preocupes, mi madre se toma muy en serio lo de encontrarnos pareja sin contar con los demás.

Estoy furiosa, de nuevo mi hermana tiene razón y casi me alegro de poder dejar el tema en este punto; de haberme embarcado en una cita, habría salido escaldada.

Me levanto seguida por Carolina y declinamos el postre, ese que mi madre lleva reteniendo en la cocina desde hace quince minutos. Recojo mi bolso y estoy a punto de salir cuando Luis me intercepta.

—¿Podemos hablar un momento?

No es guapo ni musculoso, conserva todo su pelo negro y le sienta bien el vaquero que lleva puesto. ¿Podría funcionar? Al menos no tiene pinta de depredador al acecho de la próxima gacela con la que saciar sus instintos.

—Me gustaría tomar ese café contigo —dice con cierta timidez, y puedo intuir cuánto le cuesta hacer esa confesión, o quizás no y solo sea una estrategia para confundirme. No sé qué pensar, no me atrae ni siquiera un

poco, lo que es una pena.

—Estaría bien —contesto por no ser borde, aunque sé que es un error, cada vez estoy más convencida de que estas citas no funcionan.

No es quien yo habría elegido, no despierta en mí interés. Sin embargo, veo la cara de satisfacción de mi madre y sé que aprueba ese café y lo que pueda venir después. Carolina, en cambio, está seria e incómoda, casi puedo oír sus palabras de antes y tiene razón, una parte de mí lo sabe; pero la entiendo junto con la parte más romántica y enamoradiza que tengo y decido ser práctica. Espero que Luis esté a la altura del sacrificio que voy a hacer por él.

5

Jaime coge el teléfono por cuarta vez, marca el número que ya se sabe de memoria y espera impacientemente los tonos, uno detrás de otro y al final la vocecilla irritante para que deje en el contestador un mensaje. Necesita los sabios consejos de su hermano antes de tomar una decisión, pero, para no variar, Ricardo no contesta.

Tira el móvil sobre la cama de su apartamento. Si no hubiese sido por la ayuda de su hermano, no habría podido comprarle y, ahora, por más que trata de ahorrar para devolverle su dinero, no lo consigue: cuando no es el seguro del coche, es el de la casa, sino los impuestos, sino el recorte de horas para no despedir a nadie... Una agonía.

Pero lo peor de todo es ella, esa muchacha que lo trae loco, pero que ahora sale con un pijo de Ford Mondeo y polo Lacoste, con cara de no haber disfrutado nunca de la vida.

De repente, el teléfono suena y se abalanza sobre él con ansiedad. Sin mirar quién es descuelga.

—¿Sí?

—¡¡Por fin!! Llevo todo el día llamándote —exclama su madre, para disgusto de Jaime, no es precisamente la persona con la que le apetece hablar en ese momento.

—¿Ha pasado algo? —pregunta tratando de parecer interesado.

—¿Acaso tiene que pasar algo para que quiera hablar con mi hijo? Me tienes tan abandonada, no es normal, lo mires como lo mires y...

—Llevo un mes doblando turno —contesta molesto por su actitud absorbente—. Es normal que nos hayamos visto solo en los días clave, cuando pase reyes iré a verte más a menudo.

—Eso espero, no sabes lo que te echo de menos, lo sola que me siento desde que te fuiste. Tenías que haberte quedado conmigo. Cometiste un grave error al irte a vivir solo, y es una locura haber cogido ese trabajo tan mal pagado. Tienes una carrera, un master y...

—Y soy repartidor de Seur —dice completando la frase que lleva oyendo casi dos años—. No es ninguna deshonra, mamá.

—Ya, pero...

—Estoy orgulloso de lo que he conseguido y...

—Voy a intentar mover algunos hilos, Jaime —suelta de golpe, está harta de ver a su hijo malvivir con un sueldo ínfimo—, pero tendrás que ir a las entrevistas. Nada de excusas, nada de echarlo a perder por andar trabajando o detrás de alguna muchachita que no te merezca.

—Mamá, estábamos en el hospital, no podía dejar a Sara...

—¿Y de qué te sirvió? Dos años tras sus faldas para que te dejase por el primero que se le puso a tiro.

—No fue así del todo, y lo sabes. —Sara, su amiga de la facultad que luego se convirtió en novia, se había cansado de complacer a la madre de Jaime, y a pesar de que este le contó la verdad, Marta lo ignoraba, como hacía siempre que no le gustaba algo—. Además, Sara está olvidada, así que no remuevas el pasado.

—Si me escuchases más de lo que lo haces, pero no, te lanzas al vacío sin red y luego fíjate cómo estás.

—Mamá, voy a colgar, ya nos veremos —señala cansado de oír reproches.

—Te quiero este domingo en casa, y no hay excusa válida, así que no la busques y no lo anules a última hora. Bastante tengo con que el descastado de tu hermano no haya venido en Navidad, ni siquiera ha llamado para felicitarme las fiestas.

—El domingo iré. Hasta luego.

Jaime cuelga sin esperar respuesta, en otro momento no dudaría en escuchar y atender a su madre, a fin de cuentas, sabe que la mujer está muy sola, no se relaciona con su familia y hace poco se enfadó con la única de sus hermanas que aún la hablaba; pero necesita escuchar a Ricardo, que le coja el maldito teléfono y le indique qué hacer con esa mujer que le va a volver loco.

¿Por qué ahora si lleva meses sin salir con nadie? Solo necesitaba un poco más de tiempo y se habría presentado a ella, pero aquel tipo se le adelantó y no lo había visto venir.

Mira de nuevo la hora, en breve acaba su jornada y... El teléfono le sobresalta y se apresura a contestar.

—¿Cómo estás, Jaime? —pregunta Ricardo con voz cansada, los días en el hospital se hacen eternos, pero es su condena y no piensa rehuirla.

—¿Qué hago? —pregunta con parquedad.

—No lo sé, a menos que me expliques a qué te refieres.

—¿Te acuerdas de la chica de la que te hablé?

—Como para no hacerlo, llevas seis meses hablándome de ella.

—Se llama Helena, hace unas semanas le llevé un paquete y... —Se

detiene, estuvo tan cerca y, sin embargo, actuó como un chiquillo.

—¡Por fin hablaste con ella! —exclama su hermano alegrándose por nada.

—No —responde—, no lo hice, estaba tan cerca y perdí mi oportunidad, me quedé bloqueado mirándola. Es realmente espectacular, y el viernes pasado vino un tipo a recogerla, deben de estar saliendo.

—¿Te vas a dejar vencer, Jaime? —cuestiona Ricardo ofuscado por la indecisión de su hermano. Lleva meses animándolo para que deje de «expiarla» y se atreva a pedirle una cita, y no le ha hecho caso.

—No puedo hacer nada, está todo perdido.

—Estás vivo, ¿no? Entonces hay una oportunidad, la vida es muy efímera, Jaime, más de lo que podemos imaginar. Baja ahí, entra en esa tienda y demuéstrale que te interesa y que eres mejor partido que el otro. Si no lo haces, te vas arrepentir toda la vida.

Jaime se queda mudo asimilando las palabras de su hermano, ¿podía hacerlo? Al menos en el instituto se le daba bien conquistar a quien le gustaba; pero en algún punto del camino, esa parte de él: aventurera y alocada, se había esfumado. La presión, primero en la universidad y luego por parte de su madre para encontrar un trabajo acorde con su estatus, había relegado al fondo de su cuerpo ese Jaime que pugnaba por salir desde que posó sus ojos en aquella belleza.

—¡¿De verdad vas a dejar que te la roben?! Reacciona y ve a por ella, ¡¡¡ahora!!!

Jaime cuelga el teléfono sin despedirse siquiera, coge las llaves de su apartamento, baja a la calle y recorre el corto camino que lo separa de la floristería. Al ver luz en el interior, el corazón le da un vuelco, aún está ahí y espera que sola.

Cruza la calle, esa que durante meses lo ha apartado de ella. Un coche parado al lado de la acera llama su atención: el Ford Mondeo y el pijo esperan a Helena, pero esta vez se irán de vacío.

Entra en la floristería y oye la preciosa voz de la joven desde la trastienda, pidiéndole que espere un segundo. Cuando esta sale, no puede creer quién está ahí, frente a su mostrador, con los brazos en jarras marcando músculos debajo de un jersey gris oscuro.

—Hola, ¿puedo ayudarle en algo? —pregunta cuando la impresión de ver al caballero misterioso frente a ella se lo permite.

Le ha echado en falta toda la semana, cada día miraba allí donde siempre se paraba, y no estaba. Cinco largos días sin verlo, pensaba que ya no

volvería a coincidir con él y, sin embargo, lo tiene frente a ella, nada podía haberla preparado para la sorpresa de tenerlo en su territorio. Tan cerca pero a la vez tan lejos.

—No salgas con ese tipo —suelta de sopetón Jaime dejándola confusa.

—¿Qué?

Jaime traspasa el espacio que los separa, pasando por detrás del mostrador y quedándose a un centímetro escaso de ella.

—Me llamo Jaime, llevo más de seis meses tratando de reunir el valor para hablarte, para presentarme ante ti y conocerte, y cuando ya estaba a punto de hacerlo, tú comienzas a salir con ese tipo. No te vayas con él hoy, quédate conmigo, Helena.

La joven lo mira sin saber qué responder. Jamás habría imaginado que nadie pudiera hacerle una declaración como aquella. Debería estar asustada, debería haber dado un grito cuando lo vio traspasar el límite acorralándola contra la caja registradora, debería reaccionar como una persona cuerda, pero solo puede mirar al caballero misterioso e imaginarse cómo sería que sus labios se fundieran con los suyos en un beso apasionado.

Agita la cabeza, tratando de poner en orden sus erráticas ideas.

—No puedo hacer eso, Jaime.

La valentía de él se esfuma con esas cinco simples palabras. Da un paso hacia atrás, abatido, golpeándose mentalmente por haber tardado tanto en presentarse frente a ella. Sintióse un estúpido, un completo inepto y...

—Lo siento —murmura Helena—, no sería correcto hacerle esperar primero y luego cancelar la cita.

—¿Tienes algo con él? Sé que no tengo derecho a preguntarlo, pero necesito saberlo.

Sería tan fácil mentir y acabar con esta locura, pero Helena niega con la cabeza sin dejar de mirar esos ojos negros capaces de traspasarla.

—En ese caso no pienso darme por vencido.

Acorta el espacio que los separa y, sin dejar de mirarla ni un segundo, la sujeta por la cintura y la besa en los labios. Esos con los que ha soñado desde que la vio.

Helena se deja llevar de su mano, jamás ha deseado que un beso no acabe nunca, se derrite entre sus brazos y se olvida de todo lo que no sea el momento que está viviendo.

Cuando ya no puede controlar sus impulsos, Jaime se separa para observar el rastro del beso en la boca de Helena, sus mejillas lucen sonrojadas y está

aferrada a su brazo. Podría pasarse la noche besándola y haciéndole comprender que es él quien debería acompañarla; pero... el sonido del claxon rompe la intensa conexión de sus miradas.

—¡¡Será posible!! ¿Esa es tu cita?

—Sí —murmura en un susurro apenas audible—. Es Luis, debe de estar cansado de esperar.

—¿Puede vernos desde fuera?

—No, justo aquí no —responde tratando de calmar su acelerado corazón.

—Entonces simplemente no tiene modales.

—Lleva esperando media hora —lo justifica, encendiendo la furia de Jaime.

—No es motivo suficiente, Helena, deberías ser consciente de ello —dice molesto con la defensa de la joven—. ¿Cuál es tu flor favorita? —pregunta tratando de olvidarse del tal Luis y centrándose en lo importante: en ella.

—Las orquídeas —contesta sin entender el giro que ha dado la conversación.

—Bien. No te olvides de esto, Helena, cuando esta noche él quiera besarte acuérdate de mi beso. Seguiré al otro lado de la calle, esperando una señal para entrar en acción. Solo depende de ti.

Se da la vuelta para marcharse, pero antes de hacerlo coge una de sus tarjetas de visita del bolsillo trasero de su pantalón y la pone sobre el mostrador.

—Te estaré esperando.

6

Tiemblo, estoy paralizada, aún puedo sentir sus labios en los míos, sus manos en mi cintura, la fuerza de sus brazos bajo mi agarre. Por un minuto, pensé que no se detendría, y lo peor de todo es que no me habría importado lo más mínimo.

Suspiro y recojo la tarjeta de Jaime del mostrador, es Ingeniero Agrónomo, aunque yo sé que trabaja de repartidor, leo su número de teléfono una y otra vez y estoy a punto de coger mi móvil para pedirle que regrese cuando el molesto claxon vuelve a sonar de forma insistente. Luis me espera impaciente, no sé por qué me dejé convencer, pero lo hice y ahora tengo que cumplir, a pesar de que no me apetece nada hacerlo.

Llevo a cabo mi ritual de cada noche y salgo de la tienda buscando a Jaime con la mirada, pero no está, se ha esfumado, sin duda enfadado por mi rechazo.

Mientras bajo la persiana metálica escucho a Luis refunfuñar. Me subo al coche y ni me mira. ¡Esto es el colmo!, sé que es imposible que me haya visto, pues es el único ángulo muerto de la tienda desde fuera.

—¿Siempre tardas tanto en cerrar? —pregunta molesto, arrancando el motor del coche.

—Son días de mucho trabajo y entró un cliente en el último momento, siento haberte hecho esperar —contesto tratando de aplacar su enfado y el mío ante su actitud.

—Deberías ser más estricta en tu horario, cuando llega a término mi jornada me importa bien poco quién esté esperando —continúa, saliendo del aparcamiento con habilidad, al menos conduce bien, un punto a favor frente a muchos en contra.

Toma rumbo al centro de Santander, ni siquiera sé a dónde quiere ir. Una sorpresa, respondió el otro día cuando le pregunté al aceptar la cita. Hoy me arrepiento de haberlo hecho, el primer café que compartimos lo pasé bien, pero tras la llegada de Jaime a la tienda...

—Al menos, los días que quedes conmigo sal a tu hora —dice autoritario, y mi parte rebelde se enciende.

—No puedo hacer eso, dependo de cada cliente, Luis. Además he de aprovechar los días buenos que me quedan. El mes de enero luego es

terrorífico.

—Prepara oposiciones —señala con el mismo tono de superioridad—. En breve saldrán plazas en mi departamento y puedo ayudarte.

—No quiero ser funcionaria, me gusta mi trabajo a pesar de los días malos o el terminar tarde.

Se queda callado. Nos conocemos poco, hemos salido tres veces contando esta y ya pretende cambiar lo que soy y a lo que me dedico. Miro por la ventanilla molesta conmigo misma por permitir semejante atropello, me costó mucho abrir mi negocio, para que ahora llegue cualquiera a insistirme que tome otro camino.

Estoy molesta y él no parece interesado en seguir la conversación, así que me trago mi malestar y permanezco en silencio hasta que aparca el coche y nos bajamos cerca del Loft, es el local que más me gusta para bailar, y seguro que allí están Valle y el resto de mis amigas, justo lo que necesito.

—Es por aquí —dice Luis tomando el camino contrario.

—Podemos tomar la primera copa allí —propongo atando los botones de mi abrigo.

—No me gusta ese antro, yo soy más de cerveza y tapas. Al final de esa calle hay un lugar que te va a encantar.

Me dejo guiar contra mi voluntad, la tensión entre ambos amenaza con ahogarme. Esto no funciona, no nos compenetramos y él no parece dispuesto a ceder en nada. ¿Acaso estoy destinada a ser el florero a su lado? Se me revuelven las entrañas solo de pensar en ello.

Llegamos al bar y, tras sentarnos en una mesa del fondo, él pide por los dos sin preguntarme. Resoplo como haría Carolina, frustrada por esa actitud de «yo llevo la voz cantante y tú te fastidias».

—¿Por qué no lo consideras? —pregunta sacándome de mis sombríos pensamientos.

—¿El qué?

—Hacer las oposiciones, dentro de dos meses salen cuatro plazas, no necesitas estudiar más que un poco la Constitución, y el puesto es tuyo. Estoy seguro de que a tu madre le encantaría: trabajo fijo en horario de oficina, un buen sueldo, vacaciones...

—Porque no es lo que quiero —contesto incómoda por su insistencia.

—Vamos, la floristería no va bien y...

—¿Cómo sabes eso? —pregunto intuyendo la respuesta.

—El domingo pasado estuve con tu madre.

—¿Qué?!

—No montes un escándalo —suelta, censurándome con la mirada antes de que pueda decir nada más—. Me invitó a tomar un café con ella, quería saber cómo va el noviazgo y cuándo pensaba pedirte matrimonio. Yo estoy dispuesto, pero ese trabajo tuyo es una mala elección, Helena, y es tan fácil cambiarlo. Tu madre estaba emocionada cuando le hablé de la posibilidad que había.

—Pero soy yo quién decide.

—Tu elección falló, asúmelo y escoge el camino que te ofrezco. Fuera preocupaciones y rollos.

Cuando dice eso me acuerdo de Jaime, de su beso, de sus manos, de sus ojos capaces de traspasarme y de la única pregunta que me hizo, aunque no he entendido por qué me la formuló, evidenció su deseo de conocerme a mí, sin importarle lo demás.

—Mi flor favorita es la orquídea —comento, y Luis me mira sin interés—, sobre todo me gustan las...

—Helena, cuando nos casemos quiero que tengas un buen trabajo que te permita tener tus bajas por maternidad, tus días de vacaciones... No lo pienses mucho y deja las flores esas, no te aportan nada.

Me quedo callada, su falta de interés sobre lo que quiero o lo que me gusta es terrorífica, durante toda la cena habla de las ventajas del nuevo trabajo, de «mis compañeros», de «mis obligaciones», de «mi maravilloso horario», de lo bien que voy a estar y lo poco o nada que echaré en falta mi trabajo actual.

Trato de cambiar de tema de conversación varias veces y es en vano. Diga lo que diga, él no presta atención, pero el colmo de todo llega en los postres, el camarero no ha terminado de decir lo que hay cuando ya lo ha rechazado.

—Me apetece probar la tarta de chocolate —le informo viendo al camarero irse a otra mesa.

—¿Calorías vacías? —pregunta con ironía bebiendo su tercera cerveza, como si eso no tuviera «calorías vacías». ¡Tendrá cara!—. Hay que cuidarse, Helena, más si te van a ver a mi lado —resoplo más fuerte y me pongo de pie. Saco de la cartera un billete de veinte euros y lo pongo sobre la mesa.

—Se acabó, pásatelo muy bien esta noche. ¡Ah! Y vete diciéndole a mi madre que se olvide de la boda. A la cena invito yo, y no te prives de tomarte otra cerveza; de aquí a un año tendrás un tripón precioso y bien abultado.

Cojo el abrigo y voy hasta la salida sin hacer caso de la voz que me grita que me detenga. Es indignante, toda la noche ninguneada y al final insultada,

¿quién se cree que es? No debe tener ni un solo espejo en casa. Ni que él fuera Brad Pitt.

Al salir del bar veo un taxi dejando a una pareja justo enfrente de mí, mi día de suerte, al menos en esto. Subo al coche y le doy la dirección mientras echo un último vistazo al bar, ni siquiera se ha levantado para impedir que me fuera.

Quince minutos después, entro en casa. Carolina está en su habitación escuchando música y, seguramente, leyendo.

Necesito hablar; sin embargo, sé que ella no va a ser tan comprensiva como yo necesito y, lo peor, soy consciente de que tendría razón, aunque no puedo afirmarlo en voz alta. Luis ha sido la décima cita preparada por mi madre, a cada cual peor, pero en ninguna me había sentido tan insultada como en la de esta noche.

Me voy a la habitación, desconecto el móvil y el teléfono fijo, no le dé a mi cita por llamar a mi madre, y esta a mí. De hacerlo ahora, sé que discutiría con ella, y no quiero.

Me pongo el pijama y me echo en la cama con la luz de la mesita encendida y mi gata al lado. Menuda mierda de día, cierro los ojos y mi mente vuela hacia Jaime. Él sí parece interesado en mí, al menos esa es la impresión que da, pero no cumple el canon de mi madre, es un simple repartidor, seguramente con problemas de dinero; pero me gusta y ¿acaso no es eso importante? Según Carolina, sí; según mi madre, el mayor error de todos.

Mi cabeza da vueltas, hasta que tengo que tomarme un analgésico para poder dormir, me gustaría caer en sus brazos, olvidarme de todo y dejarme conquistar por una vez en mi vida.

Paso la noche durmiendo a ratos. En mis sueños, Jaime me besa, pero cuando se separa de mí aparece Luis con sonrisa socarrona, mirándome y censurando mi aspecto. Tres veces se repite la pesadilla, y las tres me despierto sobresaltada y con lágrimas en los ojos.

Llevo años viviendo en el rechazo de los demás, en el instituto era muy consciente de las miradas de mis compañeros, de las burlas y las bromas baratas. Es algo que me ha acompañado desde entonces, que me impulsó a no estudiar una carrera por miedo a vivir aquello sin el apoyo de mis amigas.

A las siete de la mañana decido levantarme, desde mi época de instituto no me sentía tan infravalorada ni tan consciente de mi imperfecto cuerpo. Me olvido de vestidos y me pongo un vaquero con un jersey de pico, gris. Mi

reflejo me devuelve una imagen que hacía años no veía; no, no soy la Helena de ahora, sino la de antes, la de la época más oscura y dura de mi vida.

Estoy segura de que si me ve Carolina va a darse cuenta de que algo me pasa, así que me voy de casa huyendo de ella y de la verdad. Bajo con paso cansado la gran cuesta y veo el primer autobús de la mañana, sin pensármelo subo para ir a ver a Valle, va a matarme cuando la despierte, pero necesito hablar y espero que ella me comprenda.

Veinte minutos después estoy en el portal de la casa de mi amiga llamando al telefonillo, para mi sorpresa no tarda nada en contestar y me invita a subir.

Cojo el ascensor hasta el sexto; de reojo, la imagen de quien no soy parece burlarse de mí. ¿Dónde ha quedado el color, los vestidos favorecedores, el pelo suelto y la sonrisa? Eso es lo peor, he dejado de ser yo por culpa de la opinión de un tipo que no significa nada para mí.

No necesito decirle nada a mi amiga cuando me ve en el rellano. Nos conocemos demasiado bien, así que la sigo hasta la cocina y no hablamos mientras me prepara un café, ella ha dejado el vicio en deferencia a su estado.

—¿Me lo vas a contar? —pregunta cogiendo un *sobao* y ofreciéndome uno, pero lo rechazo, algo impropio en mí.

—Hay poco que contar.

—¿Otro fracaso?

—Sí, y encima... se metió con mi físico —digo resumiendo la cita, para qué hablar de él.

—Menudo imbécil, no se merece que estés mal por él, no te merece, Helena, y lo sabes.

Entonces me acuerdo de Jaime, de su beso y de su cara de desilusión cuando le dije que no podía irme con él. La sonrisa se borra de mi cara y a mi amiga no le pasa desapercibido mi cambio.

—Hay algo más, suéltalo, me tienes en ascuas.

—¿Te acuerdas del caballero misterioso?

—¡Como para no acordarme!

—Se llama Jaime, y ayer me besó.

—¡¡¡¿Qué?!!! —exclama tan alto que sin duda el del bajo lo ha oído también, suelta una carcajada contagiosa—. Eso es fantástico.

—No tanto, me pidió que no saliera con Luis, y yo le dije que no podía dejarle plantado. Dudo que quiera volver a verme.

—Helena, ¿por qué narices hiciste eso? ¿No te gustó el beso? ¿Olía mal? ¿Te tocó algo y te incomodó?

—La respuesta a todo es *no*, solo que me parecía mal dejar plantado a Luis, y ¿para qué? Para encontrarme a una persona a la que le importo poco. No le intereso, quería hacerme cambiar de trabajo, se metió con mi cuerpo... Deseaba moldearme a su gusto.

—¡No me fastidies! ¿Y qué hiciste? No aguantarías con él...

—Lo dejé plantado y pagué la cena para demostrarle que no necesitaba que me invitase.

Le doy un sorbo al café, ya no abrasa, Valle tiene la manía de calentarlo tanto que es imposible beberlo hasta que pasan diez minutos, y la miro esperando sus sabios consejos, pero para mi sorpresa se queda muda.

—Dime algo —pido cuando el silencio es insoportable.

—¿Qué quieres que te diga, nena? Luis es un capullo, y en cuanto a Jaime... A saber qué se está imaginando que pasó anoche. Quizás no le vuelvas a ver.

—Tal vez sea lo mejor —contesto con un nudo en la garganta.

Da un golpe en la mesa y yo salto sobresaltada por ese gesto tan impropio de mi amiga.

—¡¿Eso es lo que de verdad quieres?! Reacciona, al caballero misterioso le gustas, déjate conquistar y olvídate de los demás, sobre todo de las chorradas de tu madre. Te mereces que te quieran por cómo eres, por ti y no para aparentar o porque sea lo correcto según ella. Has tenido una vida amorosa insustancial y anodina empujada por una persona que ni siquiera cumplió con su propia doctrina.

—Ella...

—Ella se dejó llevar, Helena, el tiempo que tuvo a su hombre fue feliz; pero os impuso sus miedos, os llenó de dudas en vez de daros alas y unos buenos valores. No lo hizo bien, nena, y ya es hora de cambiar ese camino.

—¿Y si me equivoco? —pregunto completamente aterrada porque sus palabras empiezan a tener sentido para mí.

—Entonces habrás vivido y aprendido. Habrás amado y, tal vez no te equivoques y Jaime sea el hombre de tu vida.

—Pero mírame, Valle, ¡no soy como tú!

—¡Claro que no!, eres Helena, una mujer con mucho miedo a vivir, a disfrutar, a sentir y a amar, pero que se merece todo ello. Si el caballero misterioso vuelve, no lo dejes escapar o te arrepentirás toda la vida.

Miro el reloj, son cerca de las diez y estoy a la otra punta de la ciudad.

—¿Quieres que te lleve? —pregunta Valle, y asiento agradecida por la

conexión que compartimos.

Ella se va a vestir y yo me quedo pensando en sus palabras, tiene tanta razón, y me aterra. Mi mente es un caos de pros y contras, no sé qué pesa más, si lo bueno o lo malo que pueda sucederme junto a Jaime.

Cinco minutos después aparece mi amiga en un chándal negro que le sienta fenomenal y me insta a irnos, apuro el café y la sigo hasta el aparcamiento del edificio.

Me bajo del coche de Valle quince minutos después y camino hasta la floristería. Es mi sueño, desde pequeña fantaseaba con ello, jugaba a ello y cuando pude hacerlo realidad, después de tres años trabajando en una cadena de comida rápida, ahorrando cada céntimo, doblando turnos... Apenas me lo creía.

Solo mi madre lo veía mal, y ahora entiendo que es siempre así, nunca voy a ser lo que ella espera. Esa insistencia de Luis para que cambiase de trabajo, esa manera de hacerme claudicar hablando de lo feliz que sería mi madre, ese café que compartieron para planificarlo todo a mis espaldas. Solo soy una marioneta en sus manos, ¿acaso voy a dejar que sigan manipulándome? ¿Voy a aceptar su juego por complacerles? ¿Dónde quedan mis anhelos, mi tienda? ¿Dónde quedo yo? Para ellos no soy nada, pero ¿y para mí?

Demasiadas dudas sin respuesta, no sé lo que quiero o quizás sí; pero me da miedo reconocerlo y errar. Me agacho para abrir la puerta metálica y a mis pies encuentro una orquídea blanca con una nota. Con manos temblorosas cojo la flor y desato la tarjeta.

Lo siento, Helena, ayer me dejé llevar por un impulso.

Espero que sepas perdonarme.

Jaime

Me emociona el gesto, sobre todo al ver mi flor favorita; pero me aterran sus palabras, suenan a despedida. Miro alrededor, allí donde siempre estaba, y no lo hallo. Reviso los bolsillos de mi abrigo buscando su tarjeta, tengo que darle las gracias por el detalle y... no encuentro la dichosa cartulina.

Abro rápido y voy al mostrador, ¿dónde narices la guardé? Me pregunto una y otra vez mientras la busco y es en vano, no aparece por ningún lado. No está en la tienda y estoy casi convencida de que no la tiré, ayer quería llamarle.

Empieza la mañana, tengo mucha gente, así que la búsqueda tiene que esperar, a pesar de la gran cantidad de clientes que hay, no puedo apartar de mi mente a Jaime, de su gesto y de la maldita tarjeta que no aparece.

El tiempo pasa volando y después de entregar los últimos pedidos y revisar la agenda para encargar las flores que me harán falta el lunes, vuelvo en busca de la dichosa cartulina. Por más que pienso no consigo saber qué he hecho con ella.

—Enseguida la atiendo —digo cuando oigo que alguien entra en la tienda, estoy agachada detrás del mostrador.

Cuando me levanto no puedo creer quién está frente a mí: Luis, con gesto de disculpa y una caja de bombones minúscula, para que no engorde más, por supuesto. Alzo la ceja, incrédula ante su presencia en mi «tiendita», como él la llamo anoche más de una vez.

—Lo siento, pero todo lo que dije ayer era por tu bien.

—Que disculpa más extraña —contesto con frialdad, quizás lo siguiente sea echarme a mí la culpa de su comportamiento.

—Creo que puedes conseguir más y...

—Que bien aleccionado vienes, mi madre tiene que estar orgullosa de su nueva adquisición. —No se sorprende de mi apreciación, así que es cierto—. Mira, Luis, no congeniamos y...

—¿Acaso eso importa? —pregunta ¿sonriendo? Cada vez tengo más claro que lo mejor que puedo hacer es mandarlo a volar.

—Por supuesto.

—No me lo pareció al dejarle a tu madre la decisión de encontrarte pareja. —La primera en la frente, y duele, más que si me lo hubiese dicho mi hermana, tiene un deje de superioridad que no soporto.

—Pues ya ves que no es así —respondo cortante—. Mi madre se empeña en organizar esas citas; no porque yo se lo pida, sino porque ella quiere.

—Ella no lo ve así y...

—¿A qué has venido? —interrogo, incómoda con el giro que va dando la conversación, estoy deseando echarlo; no obstante, mi educación no me lo permite.

—A firmar la paz. No entiendo qué te molestó anoche, pero si queremos que esto funcione, ambos debemos ceder un poco. —La puerta se abre y aparece Jaime—. Yo acepto casarme contigo y tú...

Jaime se da la vuelta sin entrar, lo ha oído, es imposible que no lo haya hecho. No lo pienso, salgo detrás de él dejando a Luis con la palabra en la boca. En lo que he tardado en dejar el mostrador y salir de la tienda, él ya ha cruzado la carretera.

—¡¡¡Jaime!!!

Se detiene ante mi grito y me mira con una expresión rara, como si de verdad le doliese lo que acaba de oír. Cruzo en cuanto los coches me lo permiten y voy hacia él con el temor de que salga corriendo y no pueda hablarle.

—No te vayas —pido con la voz entrecortada.

—No tengo nada que hacer ahí, no me imaginé que fuera algo tan serio lo que tienes con ese... Espero que te vaya bien, Helena.

—Jaime, por favor, escúchame. Él está equivocado, se piensa cosas que no son, y estaba a punto de decírselo justo cuando has llegado. Es una historia un poco larga de contar, pero estoy dispuesta a hacerlo, solo déjame que lo mande a volar y ya está.

Me mira y no puedo adivinar lo que está pensando, quizás no me cree, le estoy pidiendo que confíe en mí: una persona que apenas conoce, frente a lo que ha escuchado por sí mismo.

—Te lo ruego, y te aseguro que no es lo que piensas, que él no tiene nada que hacer conmigo, que mi madre le ha dado alas complicándolo todo; pero solo llevamos saliendo tres días. No, perdón, me refiero a que hemos tomado algo, no somos novios ni nada, es solo que...

—Helena —me llama, y ya no hay desconfianza en su voz.

Estoy azorada y nerviosa, me retuerzo las manos, la valentía se ha quedado por el camino y no entiendo qué hago suplicando a un hombre que no conozco, que no cumple los cánones de mi madre ni los que eran míos y tanto defendí incluso contra mi propia hermana.

—Creo que he enloquecido —murmuro sin mirarlo, ¿qué estoy haciendo aquí? Estoy loca, pero me niego a considerar nada más, no quiero que se vaya ni que piense mal de mí.

—Deberías volver a la tienda, tienes clientes.

Le observo, buscando un reproche en su rostro que no he sentido en sus palabras, y no lo hallo; así que sonrío ante su observación.

—Sí, gracias, y perdóname por la escena que te acabo de montar; gracias por la orquídea, me ha gustado mucho.

Me giro con las mejillas tan rojas que siento el calor extenderse por todo mi cuerpo, solo me ha faltado tirarme en sus brazos sin pudor ni vergüenza. En la puerta de mi tienda, Luis monta guardia con los brazos cruzados y un gesto posesivo que no me gusta.

—Échalo —me pide Jaime en un murmullo—, por favor. Si cruzo yo, no creo que pueda resistir las ganas de hacerlo por mí mismo, y solo te

corresponde a ti.

¿Celos? Mas como podrían ser celos si ni nos conocemos, es absurdo, irracional, ilógico y... Mi parte romántica, esa que lleva aprisionada durante años, salta de emoción, se siente halagada en su ego más profundo. Así, con una incoherencia que ni siquiera me molesta. Está claro que tengo las hormonas revolucionadas, pero lo acepto, al igual que lo que pueda pasar después de mi actuación.

Inspiro hondo y regreso sobre mis pasos para enfrentar a la peor cita que he tenido en mi vida y que sigue observándome con superioridad, no solo a mí, también a Jaime, encendiendo mi rabia, esa que siempre he mantenido bajo control.

—No puedo creer que prefieras a ese imbécil antes que a mí —dice en cuanto llego a su altura.

—Al menos él no ha tratado de cambiar todo lo que soy para amoldarme a un ideal de esposa perfecta —suelto sin pensar demasiado.

—Helena, tienes tanto potencial y piensas estropearlo en esta... tienducha y con un tipo que no tiene dónde caerse muerto. Vais a durar dos días y te veré volver a mí, suplicando una oportunidad. Acuérdate de mis palabras.

—Ni lo sueñes.

—A tu madre le va a encantar tu elección —afirma con esa sonrisa asquerosa, y con razón.

Se gira y me quedo parada ahí, mirando cómo se marcha. Mi parte racional, esa que durante años ha recibido las indicaciones de mi progenitora, se revela contra mí y desea parar su avance; sin embargo, la retengo contra su voluntad. En el fondo de mi alma, no quiero un matrimonio concertado, ni un tipo capaz de minar mi confianza con un par de frases maliciosas. Me niego a vivir así, sé cómo acaban esas cosas y no voy a dejar que nadie maneje mi vida hasta el extremo de decirme qué o cuánto puedo comer, qué debo ponerme o en qué trabajar.

Chasqueo la lengua, molesta conmigo misma por haberme dejado envolver en este juego. Durante meses estuvo bien, incluso interesante; pero en cuanto apareció Jaime en mi vida, debería haberlo parado en seco.

Entro en la tienda para atender a las clientas con mi mejor sonrisa y una gran disculpa por la tardanza, por suerte son habituales y me conocen lo suficiente como para disculpar mi falta de profesionalidad.

8

Estoy recogiendo la trastienda mientras me pregunto en qué momento me volví loca, actuando por impulso y persiguiendo a un desconocido del que sé más bien poco; pero, por otro lado, de Luis tampoco sabía mucho más. Resoplo como haría mi hermana, sé lo que me diría, aquello que lleva repitiéndome durante los últimos meses: ¡vive! Arriésgate y siente, pero me da vértigo, demasiado.

—¿Qué te pasa?

Pego un salto con el corazón en la mano y me giro hacia la puerta que da al mostrador, ahí parado está él: Jaime, mirándome de la misma manera que el otro día cuando me devoró en un beso eterno. Aguanto un suspiro para no quedar como una insulsa muchacha y trato de buscar algo que decir, pero no sé el qué.

—¿Quieres que te ayude? —pregunta mirando el desastre que aún tengo en la trastienda.

—No hace falta —contesto recuperando el habla por fin.

—No me importaría y así...

—Jaime, yo... soy un caos y... No sé cómo decirte esto, pero lo mejor es que... —me callo cuando lo veo avanzar hacia mí hasta que el espacio queda en nada. Si alzo la mano, puedo tocarlo.

—Continúa, por favor —pide con un deje seductor que me encanta.

—No te conozco y...

—Y eso lo podemos arreglar si tú quieres, claro.

Estoy buscando la respuesta adecuada, cuando el teléfono de la tienda suena con estrépito. Paso junto a él hacia el mostrador y contesto.

—¿Se puede saber qué has hecho, niña tonta? —La voz de mi madre, y sobre todo su tono de enfado, me congela. Está ocurriendo justo lo que nunca he querido: enfrentarme a ella y convertirme en Carolina a sus ojos y soportar sus críticas.

Duele y no puedo responder mientras descarga su furia contra mí. Inspiro hondo controlando las lágrimas que están a punto de desatarse; a mi lado, Jaime observa los cambios en mí y cierro los ojos para no ver su expresión estupefacta. Los gritos de mi madre son lo suficientemente altos para que esté oyendo lo que me dice.

—Mamá, ¡mamá! ¡¡¡Mamá!!! —Se calla de golpe—. Luis es un imbécil, pretende que cambie mi vida por él, solo por encajar en sus ideas y en las tuyas. Es indignante, incluso se metió con mi físico y... —Jaime me coge la mano.

Casi me derrito ante su gesto de apoyo, quizás no le conozca, no sepa apenas nada de él, pero me tiene encandilada con su actitud. Estoy deseando volver a besar sus labios y alejar de mi mente los malos augurios de mi madre, que ante mi silencio ha vuelto a la carga.

—Por favor, mamá, basta —ruego con un hilo de voz.

—Es un buen partido, quizás no se explicó bien —lo justifica aunque ella sabe que no es así—, pero por eso no puedes dejarlo a un lado, es tu única opción, Helena. Es hora de que cojas las riendas y te cases de una vez, así que deja de dar vueltas y...

—Mamá, tengo un candidato mejor —digo sin pensar, dolida con ella por su manera de hablarme.

—¿Quién? Ya sabes que debo darle el visto bueno, nada de amor ni de sentimientos o acabarás tan mal como tu hermana, que, por cierto, de nuevo ha ignorado mi llamada y...

—Mañana te llamo.

Cuelgo agotada de todo, pero sobre todo de ella: mi madre, de sus ideas, de su educación católica, apostólica y romana que me impide lanzarme a los brazos de Jaime y hacer realidad mi fantasía, esa que llevo meses recreando en mi mente. Sería tan fácil apagar las luces, echar la llave a la puerta y...

Tira de mí y me encuentro entre sus brazos, fuertes y musculosos. Tengo que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos; pero no me siento incómoda, sino expectante. Nadie me ha observado nunca como lo hace él, con devoción, como si de verdad le gustase lo que ve, pero ¿cómo puede ser si soy tan insulsa y rechoncha?

Las dichosas lágrimas me asaltan y temo que se separe, menudo espectáculo más deprimente estoy presentándole; sin embargo, no lo hace, al contrario, su abrazo se estrecha aún más y mi llanto se incrementa.

—Maldita sea y menudo estúpido. No ver todo lo que puedes ofrecer —murmura acariciando mi cabello y, para mi sorpresa, suelta mi melena quitando la goma que la sujetaba.

—Ya sabes, cuando no cumples el canon establecido...

—Yo tampoco lo cumplo, los músculos son gracias al trabajo; pero en cuanto a lo demás, fue Ricardo, mi hermano, quien se llevó la cara bonita —

dice infravalorándose sin motivo pues a mí me parece perfecto.

—No digas bobadas, eres...

—Me alegra ver de nuevo tu sonrisa, la echaba de menos, no dejes de sonreír, Helena, nadie se merece que pierdas ser quien eres —suspiro y aprovecha para besarme pillándome desprevenida, a pesar de no haber espacio entre nosotros.

Sus manos recorren mi cuerpo sin prisas, con delicadeza, deleitándose en cada una de mis numerosas curvas mientras nuestros labios se funden sin la intención de separarse. Poco a poco, mi cuerpo reacciona y aunque se encienden mis mejillas no me separo de él, me niego a ello, no sé qué pasará después, pero ahora tengo al *caballero misterioso* solo para mí, y no lo pienso dejar escapar.

Me suelta despacio y me pide las llaves para cerrar la puerta, evitando así que nos interrumpan. Sé lo que va a pasar y aun así le doy el llavero y lo observo cerrar. Mi mente se rebela contra mi decisión, pero mi cuerpo aplaca cualquier raciocinio en cuanto vuelvo a tenerlo cerca. Nuestras bocas vuelven a fundirse, conociéndose más íntimamente que si estuviéramos hablando durante toda la noche, cientos de besos, a cada cual más apasionado y largo. Me abandono a él, a sus deseos, con la esperanza de no arrepentirme de mi impulsividad.

Cuando noto que empieza a bajar la cremallera de mi vestido la voz de mi madre se cuela en mi cabeza junto a un recuerdo incómodo de hace años.

Me aparto de él, separo mi boca de la suya y le suelto, apartando su mano sin mucha delicadeza. Me estoy cubriendo de gloria y estoy segura de que esto hará que se aleje de mí, pero no sé cómo evitarlo.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta con preocupación y no sé ni cómo contarle esto. No lo sabe nadie, yo misma me lo he negado mil veces, relegándolo al fondo de mi mente como si así pudiera hacerlo desaparecer.

—No puedo, llevo media vida oyendo a mi madre decir que debía llegar virgen al matrimonio y... —enmudezco recordando aquella vez, en ese coche aparcado en un callejón oscuro, en esas manos, en el dolor y en la rabia posterior por haber fallado.

—¿No has estado con nadie? —pregunta y aunque trata de evitarlo, veo la sorpresa en sus ojos.

Me quedo callada, tratando de decidir si ser o no sincera conmigo misma.

—Helena, no pienso forzarte. Si quieres que paremos ahora, lo haremos.

Pero cuéntamelo, confía en mí.

—Yo... —titubeo durante unos segundos bajo su atenta mirada, voy a reconocer algo para lo que ni yo misma estoy preparada, pero quizás ha llegado el momento de ser totalmente sincera.

—Estoy aquí —murmura tomando mi mano y entrelazando sus dedos con los míos.

—Lo hice una vez —confieso casi atragantándome con las palabras, pero a la vez sintiéndome muy liberada por hablar de ello—, estaba en el instituto, me gustaba mucho, me dejé llevar y... fue bastante desagradable, entre eso y el sentimiento de culpa por haber fallado en todo lo que siempre creí, jamás volví a hablar de ello hasta hoy. Ni siquiera lo tenía en mente, pero...

—¿Te hizo daño? —interroga con el ceño fruncido.

—Dicen que la primera vez duele, siempre —mascullo entre dientes sin saber cuál va a ser su próxima reacción. Insegura de mí misma, de mis acciones, incluso de si su interés por mí no se habrá esfumado al saber esto.

—Te prometo borrar ese recuerdo con mis besos —dice y me sonrojo levemente.

Asalta mi boca antes de que pueda contestar nada más y todo se esfuma, salvo lo que él me está enseñando. Mil besos y caricias sobre la ropa, que me dejan ansiosa y con ganas de más. No pienso parar, él ya sabe la verdad y ni siquiera le importa, así que me lanzo al vacío, me vuelvo valiente, me enciendo y me permito disfrutar.

La ropa cae al suelo de la trastienda, con desorden, dejándonos desnudos. A él no parece molestarle mi imperfecto cuerpo y, de alguna manera, su desinhibición arrastra mi vergüenza. Dejo de pensar y me dedico a sentir, a seguir a mi cuerpo y, sobre todo, a él, que con toques hábiles me hace desear mucho más de lo que jamás habría imaginado.

Me reclama como suya, allí, apoyada contra la pared de mi santuario. Devorándome los senos en cada embestida, deshaciendo mis rubores y llevándome de su mano al paraíso. Cierro los ojos y me pierdo en ese éxtasis para dos hasta que mi cuerpo convulsiona, asustándome. Jamás había experimentado aquello.

Lo miro, me aferro a sus hombros sin comprender qué me pasa y él, tras unos segundos de incredulidad, sonrío y se acerca a mi boca de nuevo.

—Siéntelo, Helena. Déjate llevar —murmura sobre mis hinchados labios.

—Pero...

—Pero nada, no es momento de pensar.

Continúa y le hago caso a pesar de mis miedos, no sé qué me espera, mi poca experiencia en estas lides fue con ese novio de instituto y jamás se tomó tanto tiempo para adorar mi cuerpo, fue un «ya está» muy decepcionante. Pero Jaime no tiene prisa, me mimaba de nuevo, me acaricia y hace que me vuelva a concentrar en lo que estamos viviendo juntos.

El orgasmo me sacude con una fuerza impresionante, jamás habría pensado que llegaría a experimentar algo así, y, sin embargo, ahí está, demostrando que mi teoría sobre el sexo estaba totalmente equivocada: merece la pena, y mucho.

No sé cómo reaccionar cuando nuestros cuerpos dejan de ser uno, así que me dejo querer en sus brazos, perdida aún en estas nuevas sensaciones, oyendo hermosas palabras de esos labios que me han saboreado sin dejar ni un trozo de piel sin sus besos.

Estoy en la gloria y, por fin, entiendo un poquito a Carolina y esas necesidades de las que me hablaba sin que pudiera comprenderla.

Epílogo

Los meses pasan raudos gracias a mi nueva relación, y mi enamoramiento crece, aunque Jaime nunca habla de compromiso y mucho menos de boda, ¿por qué habría de hacerlo? Hoy por hoy, la gente no se casa apenas, mucho menos por la Iglesia y de blanco. Aunque la relación parece seria, no lo es; ninguno de los dos nos hemos decidido a presentar al otro a la familia, pero si conoce mi casa y a Carolina, que lo ha aceptado sin ningún tipo de reproche... lo que me hace sentirme culpable por las veces que yo la he juzgado a ella.

He quedado con él en media hora para ir al cine, así que cierro la floristería y voy hacia el lugar escogido. Jaime siempre insiste en venir a buscarme, y yo siempre me niego, no sé si va a aparecer mi madre con alguno de sus sermones, y que lo haga justo cuando él está conmigo sería una situación incómoda y desagradable que no quiero vivir.

Me paro frente a la tienda de vestidos de novias, como siempre que paso por aquí, acaban de cambiar el escaparate, lo hacen cada dos semanas, y no puedo evitar imaginarme de blanco, en un marco estupendo y con él esperándome al final del altar. Se me ha subido a la cabeza el enamoramiento y me he convertido en una boba romántica. Suspiro y me giro para seguir el camino cuando lo veo, con la rodilla en el suelo, una orquídea blanca en una mano y una caja de terciopelo negro en la otra, no puedo creérmelo, me acerco a él sin saber si reír o llorar.

—Te quiero, Helena, y no voy a permitir que te me escapes. Ya esperé demasiado y casi te pierdo, y aunque llevemos poco saliendo, necesito hacer esto. Así que, ¿preparada? —Asiento aunque la pregunta está clara—. Mi chica del paraguas morado, ¿quieres casarte conmigo?

—¡¡Sí!! —exclamo sin dudar ni un segundo.

Se levanta muy rápido y me abraza sin pudor alguno, eso quedó atrás. Busco sus labios mientras la orquídea se aplasta entre los dos, nos besamos como dos locos enamorados que van a comerse el mundo juntos.

—¿Cuándo? —pregunta separándose ligeramente de mí.

—En cuanto quieras.

—Eso no es una respuesta —dice y me pide la mano para colocar el anillo

en mi dedo. Le miro embobada y recibo otro beso de su parte.

—Mañana mismo —afirmo dejándome llevar por la emoción del momento.

—¿Seguro? Pensé que querías un vestido blanco —alzo una ceja sorprendida porque sepa eso, jamás se lo he dicho.

—¿Sigues expiándome?

—No puedo dejar de mirarte —señala sin soltarme de la cintura—. Dime fecha y allí estaré, dispuesto a todo por ti.

Le observo extasiada, me estoy dejando llevar por el amor romántico, ese que nunca pensé que merecía. Lo amo y eso es lo único importante en estos momentos.

—Te amo —murmura en ese tono seductor que tanto me gusta.

—Yo también te amo —digo y siento como me libero de todo lo demás, solo existe él para mí.

Es perfecto, mi caballero misterioso, y me lo merezco... nos espera una gran aventura juntos.

Y en enero: *Cruce de caminos.*

Avance

1

Por fin conseguía sentarme después de un día de locura, en sí lo era preparar una boda en menos de un mes, solo porque tu querida hermana pequeña no quería esperar un poco. Pero no pude hacerla entrar en razón, así que claudiqué y ahí estábamos, un veintidós de junio celebrando la boda de Helena con «su hombre» como ella le llamaba a cada rato, volviéndome loca.

Pido un Martini, una de las pocas bebidas alcohólicas que me gustan, y me apoyo en la barra de la disco movida, que aún no comienza ya que todavía están cenando. Demasiada comida para una cena, estoy acostumbrada a comer poco por la noche, y ver tal cantidad de comida en tan poco espacio de tiempo ha conseguido que se me cerrase el estómago.

Me duelen los pies, se me clavan las horquillas del recogido que llevo y el vestido azul oscuro me resulta incómodo. Estoy deseando llegar a casa, quitarme todos los adornos y sentarme en el sofá a disfrutar de una taza de té, quizás leeré un rato o veré algún programa en la televisión. Pero dejaría de estar en el punto de mira de la mitad de mi familia, que aún siguen preguntándome por mi exmarido, y de la otra mitad que no deja de insistir en prepararme citas con... a cada cual más garrulo e inadecuado.

No estoy preparada, no quiero compromisos y no necesito que nadie me ponga en camino de tener una relación.

—¿Cansada o aburrida? —pregunta una voz masculina a mi derecha.

Le miro por el rabillo del ojo y reconozco al hermano de mi cuñado, ha llegado esta mañana justo para estar en la boda, así que ni siquiera ha habido tiempo de presentarnos.

—Ambas —contesto dándole un sorbo al Martini y evaluando de reojo a mi acompañante.

—Me uno al club entonces. —El camarero pone frente a él una cerveza, nada sofisticado teniendo en cuenta que hay al menos treinta bebidas disponibles para los invitados—. ¿Puedo acompañarte?

Asiento con la cabeza y se coloca en un taburete alto a mi lado.

—Por los novios —brindamos y el silencio se hace presente. A fin de cuentas, es un extraño para mí, ni siquiera sé su nombre—. Me llamo Black, y tú tienes que ser...

—¿Black? —le miró sin poder disimular que lo que veo me gusta.

Es guapo, más de lo que esperaba, ya que Jaime es bastante normalito a mi entender, pero él hombre que tengo frente a mí es atractivo, y el traje de seda gris oscuro le sienta fenomenal. Debajo de la chaqueta puedo adivinar sus marcados músculos y... me obligo a apartar la vista y dejar de babear como una tonta adolescente de dieciocho años.

—Nunca me ha gustado mi nombre y en el instituto ese era mi apodo, decidí conservarlo —explica con una sonrisa pícaro en la cara.

—Déjame que lo adivine —pido siguiéndole el juego—, ¿eras gótico?

—*Heavy*, aunque nunca se deja de serlo —asiento y me termino la copa—. Y tú eres Carolina.

—La misma —contesto aunque ni siquiera lo ha preguntado—. Espero que no te hayan hecho una encerrona para que te ocupes de mí.

Suelta una carcajada que me desconcierta.

—¿En verdad crees que podrían obligarme a algo?

No sé qué responder, no le conozco, así que me encojo de hombros, pido una segunda bebida para completar mi cupo y poder marcharme a casa.

—Tan solo buscaba un poco de tranquilidad —dice contestándose a sí mismo.

—Al menos aquí no nos molestarán durante... ¡diez minutos! —exclamo después de mirar el reloj y resoplo, no puedo con más emotivos momentos y en nada toca cortar la tarta con los empalagosos besos llenos de nata—. Voy a colapsar de tanto azúcar, adoro a mi hermana, pero... es todo demasiado romántico y pasteloso.

—¿Una mala experiencia? —deduce y parece que pudiera leerme la mente que vuela hacia mi fracasado matrimonio.

—Sí, y después de tres años aún pesa un poco —confieso sin saber por qué, no es algo de lo que me guste hablar, forma parte de un pasado que preferiría borrar, pero no puedo y a veces, aún después de tanto tiempo, duele recordarlo.

—Habéis hecho un gran trabajo —señala cambiando de tema y no puedo evitar sonreír ante el cumplido—, sobre todo teniendo en cuenta que mi madre quería un bodorrio de más de trescientos invitados. Sois las primeras que lográis salir con la vuestra.

Me giro hacia él y veo la diversión en sus ojos grises.

—Helena se tuvo que poner firme un par de veces, después Jaime habló con ella y parece que entró en razón, aunque anda un poco seria hoy. —Querría hablar más, contarle que ha sido horrible lidiar con la suegra, pero no debo olvidar que es su hijo y lo que menos quiero es generar un conflicto en el que yo salga escaldada.

—Tiene que aprender: es nuestra vida, ella ya eligió su camino —levanta una ceja seguramente ante mi gesto de incredulidad—, ¿no me crees?

—Por lo general, los hombres... —Me muerdo la lengua, lo que tengo en mente suena a reproche—. Tu actitud es muy distinta de la de otros hombres que conozco —me aventuro sin saber dónde me estoy metiendo.

—Yo no soy como la mayoría de los hombres y Jaime tenía que haber tomado las riendas mucho antes y no dejar que tu hermana tuviese que ponerse firme —pide otra cerveza y eso me da ventaja para seguir observándole.

¿Por qué no le conocí a él primero? O al menos a uno que tuviera las ideas tan claras como él, capaz de atar en corto a su madre y no caer en manipulaciones baratas. Aunque claro, el problema de Alfonso no era solo el venir acompañado por una madre que me odiaba y se dedicaba a dirigir nuestra relación, ojalá solo hubiese tenido que lidiar con eso, pero tenía una cara oculta que no tardó en aparecer.

De nada sirve lamentarse ni mirar atrás, elegí y me equivoqué, no supe ver la realidad y mi matrimonio se fue a la mierda. Fin de la historia.

El camarero me ofrece otra copa y niego con la cabeza.

—Ya he llegado a mi límite —explico como si a él pudiese importarle—. Ha sido agradable conocerte, Black.

Me levanto y veo cierta incomodidad en sus ojos, las preguntas se quedan agarrotadas en su garganta, puesto que no le doy pie a ellas.

—Espero que lo pases bien el resto de la noche, yo voy a ver el momento tarta y me marchó a casa. Ya he tenido suficiente por hoy. —De nuevo cuento más de lo que debería, pero me ha caído bien y, para ser sincera, ha

sido el mejor rato de toda la noche, así que me siento en la obligación de decírselo.

Me despido de él y entro en el salón sin saber si me sigue o se ha quedado apurando su bebida. Justo a tiempo, veo a mi hermana y mi cuñado en pleno corte de tarta, acaramelados y románticos hasta el extremo.

No puedo evitar una punzada de celos al ver como se miran. Para ellos no hay nadie más en el inmenso salón decorado en blanco y azul.

Espero hasta que los brindis acaban y las conversaciones se reanudan y me acerco a la mesa presidencial. Recibo una mirada ceñuda de mi madre, pero la ignoro, hoy no es día de discutir, este momento le pertenece a mi hermana...

Continua en Cruce de caminos.

Sí quieres saber más te invito a seguirme en las redes sociales, en mi página de autora como Bea Melworren.

Y si estás leyendo este libro después de enero de 2019, Cruce de caminos ya estará en Amazon, esperando para que conozcas la historia no solo de Carolina y Ricardo, sino también todo lo que les pasó a Helena y Jaime después de su boda.

Agradecimientos.

Escribí este libro en 2017, entonces había a mi lado una persona que hoy ha decidido alejarse y, aunque jamás lo leerá, ella fue parte de este proyecto desde el inicio. Así que gracias y ojalá te vaya muy bien en esta vida.

Por suerte hay otras personas que siguen aquí, firmes y apostando por esta amistad que espero que jamás se acabe. **Marisa**, gracias por ser mi pilar en esto y esto y en otras tantas cosas, por entenderme y soportarme, por seguir aquí contra viento y marea.

Gracias, **Nadia**, jamás podré agradecerte como te mereces que estuvieras a mi lado. Te mando un beso enorme.

Gracias a **Ginny** porque siempre estás cerca aun teniendo tantas cosas en tu vida, eres un sol.

Gracias a vosotros, los lectores que tenéis la generosidad de leer a escritores poco conocidos.

Y por supuesto a mi familia, a Emma que es la luz de mis días y me enseña cada día a ser mejor madre y mejor persona.